

## Aguacates secos

Me he casado con un descuartizador de aguacates. Lo descubrí hace unos meses mientras Jean me sorprendía con su receta estrella, ensalada de gambas y aguacates. Entonces no pensé que fuese una de esas cosas que se descubren un buen día en un matrimonio anticipando lo peor, tal y como me pasó con Daniel.

Jean dice “mi ensalada estrella” así, “c’est pour vous, mon amour”, y se queda tan ancho, como si la receta fuese la primera y más exitosa de una larga lista de apetitosos manjares, pero no. Al parecer es la estrella solitaria de su repertorio culinario. Debe de ser la deshonra nacional, la excepción que confirma la regla, la vergüenza de la “nouvelle cuisine”. Pero él es feliz así, creyéndose jefe de cocina por el simple hecho de envolverse en ese enorme delantal verde en el que ambos podríamos empaquetarnos formando un canelón vegetal gigante. Entro en la cocina y me lo encuentro a un metro de la encimera, con los brazos adelantados como un cirujano en prácticas a punto de cargarse a su primer paciente. Cada vez que el retraso de un vuelo me hace llegar más tarde de lo previsto sé que me espera el recibimiento *aguacatil*, un beso al aire y un abrazo hueco, a distancia, para que las manos pringosas de verde no ensucien mi immaculado uniforme. El aguacate nos separa, debí darme cuenta. Yo que creí que a mis treinta y no demasiados, con un ex marido a las espaldas, había llegado la hora de perpetuar la especie y en mi último viaje descubro lo de los aguacates. Justo cuando empezaba a olvidar los tejemanejes y mentiras de Daniel, primero jefe, luego amante y finalmente primer esposo. El mismo amado cónyuge que un día buscando apaciguar mis celos, juró no encontrar nada más antierótico que una mujer uniformada. Y debía de ser cierto, porque fueron muchas las colegas a las que, efectivamente, dejó sin uniforme en cuanto tuvo oportunidad.

Fue justo después cuando llegó Jean, resultado de dos años de asignación de la ruta Madrid-París y de mi matrimonio en las últimas, hasta que hace un año decidió tomar un vuelo a Madrid sin billete de vuelta. Durante semanas mis problemas conyugales fueron el nubarrón que hizo que Jean me pasase inadvertido, a pesar de que mis compañeras ya le habían aupado al número uno de los solterones de oro. Sobre todo Bea, acostumbrada a puntuar a los hombres escribiendo un número en una cajetilla de cerillas que luego paseaba muy digna ante nuestras miradas, con aires de azafata del Telecupón.

– Este nena, no se te escape que no estamos como para perder oportunidades-, me susurró Bea guiñando un ojo el día que le presenté a Jean.

En principio no me impresionaron sus aires de sanote intelectual ni su buen gusto para combinar las camisas con la montura de sus gafas. Hasta que un día de anarquía hormonal me hicieron ver en el francesito cuarentón al posible padre de mis hijos. Al menos serían tres, los veía en sueños e incluso trabajando, mientras mostraba distraída las salidas de emergencia o el uso de la mascarilla en caso de despresurización. Dos niños y una niña, altos, blancos, casi transparentes, con gafas, aparato en los dientes y el flequillo rebelde sobre los ojos. Los imagino llamándome mamá con esa boca de pato tan ridícula que pone Jean cuando cada mañana pretende enseñarme a pronunciar *bonjour*, como si en lugar de un marido durmiese con un curso de idiomas a domicilio.

Pero, ¿por qué precisamente los aguacates? Hubiese preferido que hiciese zumo los limones para el gin tonic o que fuese incapaz de cortar la sandía en rodajas perfectas, algo que por cierto me molesta más que el rechinar de dientes. Comencé a preocuparme un día sentada alrededor de un bol rebosante de guacamole en el aeropuerto de México D.F. con Chantal, compañera de altos vuelos mexicana. Fue ella quien me relató la extendida creencia en su familia del poder vigorizante de los aguacates para los hombres, sobre todo cuando buscan tener hijos.

– Siete hijos llegó a tener tito Bernardo y no perdonaba el aguacate diario- me comentó Chantal mirando por encima de las gafas con pose de consejera matrimonial.

Mientras imaginaba con envidia a una de esas familias de árbol genealógico inabarcable, con tatarabuelos, bisabuelos y una tropa de nietos con sombreritos mexicanos, le daba vueltas al bol y a mi cabeza. No me atreví a confesarle a Chantal la costumbre de Jean de aniquilar los aguacates en cualquiera que fuese su estado de maduración. Durante las once horas de regreso a España no dejé de darle vueltas: Jean era especialista en exterminar al fruto que según Chantal hizo crecer sin límite a su familia. Una vez en casa el primer fascículo de una enciclopedia incompleta me descubrió la procedencia de la palabra aguacate: “aztequismo de Ahuaca, testículo y cuahuitl, árbol”. Si en su día le hubiese dado al dichoso tomo el uso que se merecía de prótesis de mesa, no habría ahondado en mi preocupación. Mis amigas casi me toman por loca cuando les desvelé el ranking de los peligros que amenazan cualquier matrimonio.

– Los uniformes, las rubias con uñas pintadas, las mejores amigas, la falta de... y por supuesto el descuartizamiento de aguacates.

– No te olvides del trabajo-, añadió Lourdes mirando el reloj, quizá pensando en las horas que le quedaban para ver a su marido.

– Querrás decir las secretarias...-

Bea, como siempre, metiendo el dedo en la llaga.

El caso es que cuando regreso a casa con jet lag, en lugar de encontrar la familia que buscaba crear con Jean, me enfrento de nuevo a la escena del aguacate derrotado y vencido sobre el plato. Entonces siento que me mareo, le digo que he cenado algo en el avión, me acuerdo del tío de Chantal y su tropa de niños mexicanos, de los aguacates que parecen no tener efecto en el vigor de mi marido de importación y me voy a la cama. No puedo quitarme de la cabeza que Jean es el culpable de nuestra invisible descendencia. Ahora hasta su *manía de acentuar las frases* empieza a resultarme pegajosa y me impacientan sus patadas a la RAE. Hay momentos en los que no soporto ni su manera de abrir el periódico. Sobre todo los domingos, cuando se sienta con Le Monde y los pies sobre la mesa y repasa con un susurro atronador cada uno de los titulares. Además empiezo a sospechar que su saludable aspecto se debe a alguna que otra escapada a los rayos UVA en medio de su jornada de periodista teletrabajador. Como posible solución los sábados he empezado a ir con él al mercado a modo de terapia, si no es capaz de manejar la situación prefiero que cambiemos de dieta. Le guío por los puestos menos conflictivos. He tirado el primer volumen de la enciclopedia y he apuntado a Jean a un gimnasio en un intento por mantener sus genes a raya. Medidas de choque para no enfrentarme a nada más, porque a estas alturas yo no me atrevo a averiguar quién es el culpable de que nos sigan sobrando habitaciones.

Mercedes San José. Octubre 2005.